

(Texto para traducción simultánea) Español

Castel Gandolfo, 2 de mayo de 1987

Chiara al Congreso "Familia y educación"

Queridísimos:

Antes que nada, un saludo a todos los presentes y, sobre todo, a los que vienen de más lejos, sé que han venido de todos los continentes.

Hoy, como sabemos, inicia el Congreso convocado por nuestro Movimiento Familias Nuevas, que se titula: "La familia y la educación".

Mi breve intervención quiere ser sólo una introducción a tan importante tema. Este congreso ahondará en él desde distintos puntos de vista.

Mi deseo es poner una base a todo lo que se dirá, pues, realizado esto -me parece- todo adquirirá valor, verdadero valor.

Hablando de educación, es lógico que nos encontremos ante dos sujetos: el educador, el maestro, que tiene que enseñar, que educar, y el alumno, que es educado.

Existe, a propósito del educador o del maestro, una frase de Jesús en el Evangelio que nos hace pensar y que también puede iluminar la educación que se imparte en la familia. Dice así: "Uno sólo es vuestro maestro; y vosotros sois todos hermanos" (Mt. 23, 8).

Para Jesús, no existe más que un maestro, que es él mismo.

Con esto él no niega la existencia de una autoridad, de una paternidad. Pero ésta no tiene que ser interpretada como dominio o poder, sino como servicio. Porque en el servicio, que es amor, no es sólo el hombre que actúa, sino Cristo mismo en él y Cristo sigue siendo el primer maestro.

Si Jesús es el maestro, un deber de los padres cristianos será observarlo a él para aprender a educar.

Pero, ¿qué tipo de educador era Jesús?

En Jesús, como maestro, se destacan algunas características importantes.

El, ante todo, da ejemplo, encarna su doctrina. No impone cargas que él mismo no haya llevado antes: "¡Ay también de vosotros, -dice-, que imponéis a los hombres cargas

insoportables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!" (Lc. 11, 46). Jesús pone en práctica todo lo que luego pide a los demás.

Observándolo a él se deduce que el primer modo de educar, también para los padres, no es empeñarse en instruir o corregir, sino vivir en su totalidad la vida cristiana. Los padres tienen que poner en práctica lo que después piden a los hijos. ¿Piden sinceridad, empeño, lealtad, obediencia, caridad hacia sus hermanos, castidad, paciencia, perdón? Entonces, que los hijos puedan ver todas esas cualidades, antes que nada en ellos, en los padres.

En la madre y en el padre los hijos tienen que encontrar siempre modelos indiscutibles a los cuales mirar.

Otra característica, en el modo de educar de Jesús, es la de intervenir ayudando a los suyos concretamente, como cuando calmó la tempestad en el lago (cf. Lc. 8, 24). Los padres, que por naturaleza se prodigan por sus hijos, podrán hacer mucho más y, sobre todo, mucho mejor, elevando su amor a un amor sobrenatural, es decir, amando con la caridad de Dios, esa caridad que posee quien es el primero en amar, sin esperar nada. Ese tipo de amor jamás deja indiferentes.

Además Jesús se fía de quien tiene que instruir y esto se puede deducir de las palabras que dirige a la adúltera: "Vete, y en adelante no peques más" (Jn. 8, 11). Él cree en la posibilidad de que aquella mujer inicie una vida moralmente correcta.

Las palabras de los padres deben ser siempre alentadoras, llenas de esperanza, positivas, deben manifestar su certeza en la rehabilitación de sus hijos.

Jesús también respeta la libertad y la responsabilidad de decisión, como cuando encuentra al joven rico (cf. Mt. 19, 16 ss.).

Jamás se deben imponer las propias ideas, sino proponerlas con amor, como expresión de amor.

Los hijos, antes que nada, son hijos de Dios y no nuestros. No se tratan como si fueran de nuestra propiedad, sino como personas que nos han sido confiadas.

Jesús no vacila en corregir con decisión y fuerza cuando es necesario. Dice a Pedro, que lo quería hacer desistir de afrontar la pasión: "¡Quítate de mi vista, Satanás! (...) ¡Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!" (Mt. 16, 23).

También la corrección es necesaria. Forma parte de la educación: "Quien ama a su hijo, lo corrige" (Pr. 13, 24), está escrito en el libro sagrado de los Proverbios. Dios, que era él mismo en persona el que formaba al pueblo hebreo, como un padre y como un maestro,

educaba instruyendo y corrigiendo.

¡Ay si no se corrige! ¡Se será responsable de esta omisión!

Siempre causa impresión una frase del profeta Ezequiel: "(Si) tú no hablas para apartar al malvado de su conducta, él (...) morirá por su culpa, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti" (Ez. 33, 8).

Corregir es, pues, un deber de los padres. La responsabilidad de la corrección dada con serenidad, con calma, con desapego, pesará sobre los hijos, que más tarde la recordarán.

Jesús muestra en la estupenda parábola del hijo pródigo, cómo es la misericordia de Dios y, por consiguiente, también la suya, hacia los que retornan al bien, hacia los que se arrepienten.

Los padres deben comportarse con los hijos como Dios se comporta con nosotros.

La misericordia del padre y de la madre, en una familia, debe llegar verdaderamente a saber olvidar, a aquel "todo lo excusa" (1 Cor. 13, 7) de la caridad de Dios.

Las reiteradas alusiones, que recuerdan un pasado negativo, no están de acuerdo con la pedagogía de Jesús. Podemos, pues, comprender por qué no son aceptadas.

Jesús enseña en las sinagogas, en la montaña, por los caminos de Galilea y Judea, en el templo de Jerusalén.

Todo lugar, también para los padres, puede ser útil para enseñar.

El modo de expresarse de Jesús, aún usando el de su época, es nuevo: habla un lenguaje vivo, imaginativo, concreto, breve, conciso. Evita ser locuaz, muchas veces en una frase condensa todo lo que debe exponer sobre un tema.

Así debe hacerse también en la familia. Los "sermones" no son aceptados por nuestros chicos. Bastan pocas palabras, pero sugeridas por un amor verdadero, puro, desinteresado.

Jesús también usa el diálogo, alternando preguntas y respuestas, usa refranes y, con los escribas y fariseos, discute.

Entre padres e hijos, sean pequeños o grandes, jamás se debe interrumpir el diálogo; debe estar siempre abierto, debe ser sereno, constructivo, como entre amigos.

Sucede con frecuencia que en la familia, alguno de los hijos, aún después de ver el testimonio de los padres, vivido según el Evangelio, se aleja de ellos y, algunas veces, incluso de la fe. Ni siquiera con él se debe romper la relación, cualquiera que sea el camino que esté recorriendo, aún cuando fuera el de ideologías apartadas de Dios, aún cuando

fuera el camino de la droga o de experiencias radicalmente opuestas a la enseñanza moral recibida en familia.

En occidente, especialmente, estamos sumergidos en una sociedad secularizada, en la cual se han ido debilitando importantes valores tradicionales, pero donde emergen otros, otros valores: una conciencia más fuerte de la libertad personal, el gusto por el progreso científico y tecnológico, la superación de barreras culturales y nacionales, una conciencia distinta del papel de la mujer en la sociedad, etc. Comprobando todo esto es necesario que los padres tengan una capacidad de discernir, en el diálogo con los hijos, teniendo en cuenta la profunda variación del contexto en el que viven, sabiendo distinguir los "signos de los tiempos" que manifiestan algunas de sus nuevas exigencias.

Jesús, al educar a la gente, no vacila en cambiar la escala de valores habitual, como lo demuestra cuando anuncia las bienaventuranzas (cf. Mt. 5, 2 ss.) En efecto, llama dichosos a los que no lo parecen. Presenta un camino difícil de recorrer, ir contracorriente de lo que el mundo ofrece.

También nosotros tenemos que tener el valor de decir lo que realmente vale.

No hay que esperar que presentando un cristianismo lánguido, a un Cristo que no existe, serán mejor consideradas nuestras propuestas. Dios se hace sentir en el corazón de nuestros hijos. Y ellos reaccionan positivamente sólo ante la verdad, cuando ésta se les presenta en un lenguaje accesible y aceptable para ellos, porque es formulada por unos padres que, antes de enseñar, han hecho el esfuerzo de comprender y compartir profundamente las exigencias verdaderas de las nuevas generaciones.

El Evangelio nos muestra a un Jesús que habla "como alguien que tiene autoridad" (Mt. 7, 29).

Los padres -confiando en la gracia que poseen como tales- jamás deben dejar de lado su tarea como educadores. Los hijos, en el fondo de su corazón, exigen esto. No por nada, muchas veces suelen juzgarlos sin piedad, si han ocultado la verdad.

Jesús educa a los suyos dándoles "su" inconfundible enseñanza: "Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado" (Jn. 15,12).

Jesús, precisando aquel "como yo os he amado", se presenta como el "maestro" de ese amor.

Esta es la enseñanza por excelencia que tienen que impartir los padres a sus hijos, porque allí está la síntesis del Evangelio.

Y los padres tienen que imitar tan bien a Jesús al llevarlo a la práctica, que puedan repetir a los hijos ese mandamiento como si fuera propio: Hijitos míos, amaos como yo os he amado.

Imitar, pues, a Jesús. Imitarlo como maestro.

Imitar a Jesús, o mejor todavía: dejar que viva en nosotros.

Sí, lo óptimo, lo óptimo sería que El mismo ocupara nuestro lugar. Si El vive en nosotros, nuestro comportamiento como educadores será indiscutible. Si lo introducimos como educador en nuestras familias, habremos cumplido perfectamente nuestra tarea.

Jesús debe vivir en nosotros. ¿Cómo lo podemos lograr? El Evangelio nos lo ha enseñado.

Estábamos todavía en los inicios de esta nueva vida, de nuestro Movimiento, cuando el Señor nos empujó a convertirla en una divina aventura, en la cual él viviera en nosotros.

Después, poco a poco, transmitiendo a nuestras mentes las distintas ideas que dieron origen a la espiritualidad de la unidad, a la nuestra, el Espíritu nos explicó cómo podía hacerse realidad esto.

Ahora, todos los que siguen este camino, conocen el modo de comportarse para que Jesús esté en ellos.

No dejar vivir en nosotros al hombre viejo, sino al hombre nuevo; amar en modo sobrenatural, no vivir para nosotros, sino vivir para los demás, haciéndonos uno con ellos en todo, menos en el pecado...

Estas expresiones dicen que Jesús puede ocupar nuestro lugar: Jesús, ya presente en nuestras almas, por la gracia, lo está más plenamente si correspondemos a ésta.

Sí, viviendo así, Jesús está en nosotros, Jesús maestro.

Pero Jesús debe vivir también en medio de nuestras familias.

Y en este caso es la presencia de Jesús que se hace real en esa unidad en la que dos o más están unidos en su nombre (cf. Mt. 18, 20): Jesús entre marido y mujer, entre la madre y el hijo, entre el padre y una hija, entre la madre y el abuelo o la tía...

Si Jesús estará presente entre dos o más miembros de nuestras familias, su presencia como maestro y educador será mayor.

Pero ¿cómo garantizar su valiosa presencia en medio nuestro?

Lo sabemos, ésta es efecto del amor recíproco en Cristo. Nosotros podemos garantizar Su presencia alimentándola cada día, reconstruyéndola cuando se quebrantara y manteniéndonos abiertos, más aún, desvelándonos siempre por los otros miembros de nuestra familia.

Desvelarnos porque los primeros prójimos que tenemos que amar, en una familia, son justamente los familiares.

De hecho, ya sea que seamos adherentes del Movimiento, o voluntarios como los llamamos, o focolarinos casados, sabemos que el deber al que nos llama el carisma de la unidad es el de hacer de esta célula fundamental de la sociedad, que es la familia, un focolar.

Esta es nuestra vocación específica, característica. No nos santificamos si no miramos a esto.

Justamente porque lo hemos dejado todo, al menos espiritualmente, para seguir a Jesús ("Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío" - Lc. 14, 26), justamente porque lo hemos dejado todo sentimos que El mismo nos repite las palabras: Tú no me amas, si no amas antes que nada a tu familia.

Entonces, ya sea que estemos solos o que seamos algunos en nuestra familia los que vivamos el ideal, Jesús, el maestro, estará allí.

Y a los niños que crecen en estas familias, junto con la vida que les dan sus padres, con la leche de la madre, con el alimento que le procuran, con todo el afecto y la asistencia que esta célula básica de la sociedad ofrece, serán transmitidas, con todo esto, muchas ideas de Jesús, ideas evangélicas. Por ello los niños crecerán razonando como razona El y aprenderán a ver a la humanidad como la gran familia de los hijos de Dios: no creerán ciegamente en ningún sistema, creerán en el Evangelio; no les atraerá ninguna relación que no se base en el mandamiento nuevo de Jesús; serán hijos nuevos.

Así se potencia la vida divina recibida en el bautismo.

Estos son padres que aprovechan las gracias que el sacramento del matrimonio pone a disposición de la pareja para el bien de los hijos; son padres que colaboran con Dios en el desarrollo y crecimiento de sus hijos.

Educar, transformar a los hijos y a la familia entera. Hacer de ella una pequeña iglesia, una realidad dinámica, abierta a la sociedad que la rodea y a sus necesidades, orientando a

los hijos a mirar más allá de sí mismos, a los otros y a sus necesidades. Es un objetivo altísimo que, en muchos casos, parece inalcanzable. Pero no hay que perder jamás la esperanza. Al contrario, es necesario orientarse con confianza hacia su cumplimiento.

Y para saber cómo hacer, veamos cómo ha impulsado a comportarse el Espíritu a nuestro Movimiento, que es Obra de María, para hacer de todos una sola cosa, de todos un focolar.

Nosotros, en nuestro Movimiento, hemos recibido también a personas de otras religiones o denominaciones cristianas o alejadas de Dios.

A estas personas las amamos como a nosotros mismos; aceptamos con alegría los compromisos que espontáneamente asumen para ser parte integrante de nuestra gran familia: los hacemos participar de nuestro patrimonio espiritual y material. Somos el Movimiento de los Focolares, la Obra de María porque están ellos: sin ellos perderíamos nuestra identidad.

Así tiene que suceder en nuestras familias.

Quien está lejos de éste o de cualquier otro ideal cristiano, quien tuviera otras ideas u otra fe, debe ser recibido por nosotros no sólo con un amor humano, sino con un amor sobrenatural.

Es necesario valorizar ese poco que da' a la familia, saber poner de relieve las buenas ideas que lo animan, entre las menos buenas; hacerlo partícipe, dentro de lo posible, de las riquezas espirituales y materiales de la familia. En fin, hacer nuestra parte para amar hasta tal punto a éste o a estos hijos, que ellos, aunque no hayan recibido todavía la luz de la fe, contracambien de alguna manera el amor y la familia se transforme en una expresión del Movimiento, de la Obra de María.

Por otra parte, hacer de la familia una pequeña célula de la Obra de María o una pequeña iglesia -que es su sinónimo- significa conformarse precisamente a la familia de Nazaret, aquella familia que vivía, en el modo más concreto y divino, con Jesús presente en medio de ella.

Sus miembros, para lograr esta obra de arte, amaban a cada uno de una manera sobrenatural, es decir, por Dios y no para sí mismos.

María, que era la verdadera madre de Jesús y verdadera esposa de José, amaba al uno y al otro, no para sí, sino por Dios. Y José no amaba a María para sí, sino que la amaba por Dios, como amaba a Jesús niño por Dios, aún siendo su padre putativo.

Sí, amar por Dios.

Nuestro amor se purifica verdaderamente de los apegos humanos, si nuestro espíritu está orientado siempre hacia Jesús crucificado y abandonado.

Queridísimos: podría continuar demostrándoos que todos los elementos de nuestra espiritualidad son adecuados para guiar bien a una familia. Pero vosotros lo intuís y lo sabéis.

Sí, con nuestro Ideal podemos tener al Maestro en casa. Renovemos hoy el propósito de que él lo esté siempre. Sobre esta base, también lo que se os presentará de ciencia y experiencia en el campo pedagógico, adquirirá valor.

Que la Virgen nos dé muchas familias unidas para el bien de la sociedad y de la Iglesia. Contaremos así, gracias a ellas, con potentes medios para irradiar el Reino de Dios en el mundo. Y esta irradiación en otras familias y en la humanidad hará que la familia sea más hermosa, más unida, más santa.

Y ¿no es esto quizás lo que Dios quiere hoy, cuando se exige un laicado maduro y santo?